

Notas sueltas de una tertulia del Padre con sacerdotes Enxomil, 5 de julio de 2017

Empezó hablando de la necesidad absoluta de sacerdotes —“somos los que celebramos la Eucaristía y sin Eucaristía no hay iglesia”— y añadió que el sacerdocio es también una necesidad para nosotros por dos motivos: el primero, porque cada día que empieza, si pensamos en nuestro sacerdocio, lo hacemos con un entusiasmo nuevo, con una entrega nueva al Señor. Por eso, no nos debemos desanimar; al contrario, para superar las dificultades del ambiente, por ejemplo, debemos estrenar cada día el sacerdocio, cada día es un día nuevo. El segundo motivo que tiene cada uno para vivir bien el sacerdocio es pensar en la continuidad; y ahí cada uno que haga lo que pueda, acordándonos de las palabras del Señor: *La mies es mucha, pero los trabajadores son pocos, rogad pues al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies.*

A propósito de pedir, dijo que es un misterio eso de pedir a Jesús, porque Él ya sabe lo que necesitamos, pero quiere que lo hagamos, porque pedir nos hace bien a nosotros. Más adelante repitió la misma idea, referida al perdón: ¡Qué bien nos hace perdonar a las personas, aunque no nos pidan perdón! Entonces, ¿porqué Dios quiere que le pidamos perdón? Porque es un bien para nosotros.

Comentó que debemos cuidar nuestro trabajo, evitando la rutina, la pereza, el cansancio. Nos animó a que tuviéramos enorme interés en predicar y en celebrar la Eucaristía, que —como decía nuestro Padre— *es el centro y la raíz de la vida interior.* En nuestras manos tenemos la Redención, por eso cuidemos cada misa, también cuando tenemos que binar, o excepcionalmente celebrar tres o más misas; pero que siempre hagamos unos minutos de oración antes de celebrar la misa.

Otro tema fue perdonar los pecados: ese poder que tenemos de renovar las almas, de hacerlas renacer. Que pensásemos que, aunque el penitente se haya confesado de pecados muy graves, habitualmente no dura mucho una confesión, y todavía menos las palabras de la absolución, que son palabras muy simples: *Yo te absuelvo*, pero no soy yo, el sacerdote, sino la Sangre de Cristo la que purifica, la que limpia, la que perdona los pecados; es muy bueno pensar y meditar en esto.

Luego habló de unidad: unidad entre los sacerdotes —ayudando y dejándose ayudar—; unidad con el obispo; y unidad con el Papa: que recemos mucho por él, por los tiempos que corren, en los que —como aparece en los medios de comunicación— hay división fuera y dentro de la iglesia. Por eso el Papa siempre que está con alguien, en visitas con pocas personas o en audiencias con muchas, siempre termina diciendo: recen por mí; él lo necesita y cuenta con nuestras oraciones. Y antes de las preguntas, el Padre recordó las palabras de San Pablo a los romanos: *alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación; constantes en la oración* (Rm 12,12).

Primera pregunta: ¿Cómo mantener la alegría cuándo se ve tanto mal a nuestro alrededor? El Padre dijo que, cuándo hay un problema, la tendencia natural es la tristeza, pero que con la fe vuelve la alegría, la conciencia de que antes de todo está el amor de Dios por nosotros, y recordó las palabras de San Juan cuando dice que *nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene*, que dio la vida por nosotros (cfr. 1Jn 3,16). Por eso, para estar contentos en las dificultades pensemos y miremos la Cruz de Jesús.

El capellán de un colegio contó que un niño pequeño le preguntó: en verano (cuando no hay colegio) ¿cómo se queda Jesús en la capilla? El sacerdote le explicó que en verano se

retira el Santísimo del sagrario; y el niño respondió: “Claro, porque le dejaríamos abandonado”. Padre, ¿cómo no abandonar a Jesús en el sagrario? El Padre le dijo que pensásemos que Él no nos abandona nunca, que Jesús está siempre con nosotros; siempre nos acompaña. Mirad, hay unos niños que se enteran de todo y otros que no se enteran de nada. Me contaron de un sacerdote que estaba hablando a los niños pequeños de un tema, y parecía que estaban todos muy interesados, pero después de un breve silencio uno de ellos levantó la mano y le dice: “Oye, tú conoces a mi tío (no tenía nada que ver con el tema); otras veces sucede lo contrario: hace poco recibí a una familia y —como hacía nuestro Padre, Don Álvaro y Don Javier—, cuando recibo una familia doy una bolsita de caramelos a los niños. Después me contaron que el niño, al salir, pidió que le compraran una foto del Papa, y tanto insistió que al final se la compraron. Entonces el niño se puso como a hablar con la foto. Al preguntarle qué hacía, contestó: “Estoy rezando por el Papa, que es lo que nos ha pedido el sacerdote que me ha dado los caramelos”.

A propósito de una pregunta sobre la predicación, el Padre respondió que lo mejor es que nos prediquemos a nosotros mismos, que hagamos oración cuando predicamos: así será más auténtica nuestra predicación. Lo mismo dijo —más adelante, en otra intervención— sobre los consejos de la dirección espiritual: que demos los que también nos puedan servir a nosotros.

De Don Javier contó los últimos momentos, cuándo ya estaba próximo a la muerte y le acompañaba Don Vicente. Don Javier le preguntó si había cenado. Al decirle que no, le dijo: “Pues pide la cena”. Pero como Don Vicente no le quería dejar solo, dijo que después, pero Don Javier insistió. Concluyó el Padre: “Don Javier, en ese momento tan próximo a la muerte, estaba más preocupado de la cena del acompañante que de él mismo”.

A raíz del centenario de las apariciones de Fátima, un sacerdote preguntó sobre la devoción de nuestro Padre a la Virgen. El Padre le contó algunas cosas que hacía nuestro Padre: siempre terminaba una reunión o una meditación refiriéndose a la Virgen; rezaba el rosario todos los días; tenía mucha devoción en visitar Santuarios marianos, y en concreto Fátima, adonde venía muchas veces, incluso sin que las personas de la Obra de Portugal lo supiesen; su modo de hablar de la Virgen, etc.

Hubo varias preguntas más, pero la última fue de un seminarista que contó que estaban diez de su diócesis, entre ellos uno de Cabo Verde. ¿Cómo perseverar en el camino hacia el sacerdocio y hacerlo con alegría? El Padre le dijo que para perseverar con alegría, pensase —él y todos— en el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros. Que nos sorprendamos al pensar que Él haya querido contar con nosotros, y recordó la pregunta de Judas Tadeo a Jesús: *¿Por qué te has manifestado a nosotros y no a todo el mundo?* Y la respuesta de Jesús: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él* (cfr. Jn 14,22-23). El Señor cuenta con nosotros y eso nos debe dar alegría —por la confianza que manifiesta— y responsabilidad.

Habían pasado más de 45 minutos y el Vicario Regional ya había avisado dos veces de que era la hora. El Padre miró el reloj y como pasaban de las 12 dijo: “Ahora vamos a rezar el Ángelus. Después yo os doy la bendición y luego yo me arrodillo y los obispos que están aquí (había tres) y los sacerdotes, me dais la bendición a mí”. Y así fue.